

UN LIBRO DE "LECTURAS"

Santiago AIZARNA

De aquella Rentería fabril-cordón de fábricas contorneándola, hileras de bicicletas obreras buscando, abejas laboriosas, su sustento y el de sus familias- ya escribirán, a buen seguro, plumas más competentes y sabrosas que la mía, aunque siempre quedara fija en mi recuerdo con su evocadora silueta y su estampa inequívoca: riquísimas galletas de sin igual sabor, con dos empresas, la vieja y la joven, disputándose el liderazgo; del otro lado del río y del parque poblado de grandes castaños de indias, el trasiego febril de la llamada "Papelera Española" con un genitivo por delante que trastocaba un poco mis ordenamientos gramaticales, ya que sí le daba posesiones, pertenencias o dependencias, según se mire, le privaba de sustancia intrínseca; alcoholeras, laneras, tintorerías, fábricas de tejidos, betunes, perfumens, etc., y para cuya enumeración precisaríamos de la consulta de uno de aquellos volúmenes de anual puntualidad que se titulaba "Guipúzcoa en la mano" y que, al mismo tiempo que de vademécum podía servir como índice de la proclamada actividad de la provincia.

Pero quede al margen, ocasionalmente, esta circunstancia tan característica de la Rentería de mi niñez, anterior aún a la oleada de inmigrantes que vinieron a prestarle brazos-émbolos y a plantar esquejes de nuevas plantas en su suelo y con la esperanza de un reigo de sudores. Quede, en el rincón umbroso de los indecisos pálpitos infantiles, esa memoria indeleble de un niño que escruta el mundo a través de diarias visitas, un camino de meandros, un pedalear de inconcretos y difusas sensaciones que terminan casi invariablemente en el muro físico de la escuela que, dentro de la paradoja que es la vida, era el ventanal que se me brindaba a otras fulguraciones, el libro de las cosas y de las maravillas que se abre sobre el pupitre y todo cobra un color áureo, aventuras, curiosidades, magias, biología impartes, saberes inconcretos y vagarosos, fantasmas que encontrarán para siempre un lugar en el nódulo más recoleto de nuestro cerebro, que hilarán ahí su capullo, hilos y más hilos resistentes que nos irán dando a lo largo de nuestra existencia una respuesta congrua a muchos estupores y asomoros con los que la vida nos quiere sorprender a cada momento, aunque sea una pena que la virginidad no vaya configurando permanentemente nuestro camino.

De aquella infancia -¡ay!, ya arrasada-, emergen, sin duda, filamentos de memoria que sueño que permanecieran incólumes, y algunos de ellos sirven para fijarme a las páginas de aquel libro de LECTURAS que entreabrí por primera vez en los "frailes de Rentería", y que, pienso yo que fueron -aquellas páginas y aquel libro-, la antesala y la invitación a tantas otras lecturas que me fueron cercando ya como pavesas de un incendio -que me atrevería yo a llamarlo "lectorat" sin ser canónigo ni dueño en teologías-; llamas vivias de una afición, maldita o bendita según nos sopla el viento de los dolores o gozos, que me hicieron experto en horas y días y noches que se me perdían entre los dedos, tanto "tiempo perdido" para el cómputo de mi señora madre poco dada a fantasías noveleras, horas holgazanas para la dinámica mentalidad de mis vecinos hornigas, mañanas y tardes enteras perdidas entre letras y renglones que ni siquiera a las horas de la noche dejaban otro descanso que el propio en que me so-

lazaba, que ya se sabe que cuando un vicio se asienta en nuestros humores es capaz de anularnos la voluntad pero nos compensa con su destilado placer exquisito y radiante que es el que, desde entonces, siempre me ha acompañado. Tenue en acciones este trecho de vida, siempre breve como nos parece a los mortales, fue, sin embargo, vaso colmado de lecturas mil y generosa y ubérrima en fantasías leídas desde la leyenda hasta la historia, desde la fábula a la realidad, desde la prosa al verso, desde el pasado al futuro, desde la anécdota a la categoría en definitiva, todo lo cual me ha servido -si no para más, que tampoco necesito-, para no en-



cederme ni en el más mínimo pábilo de envidia hacia nadie, para quedarme satisfecho en una experiencia de vida que en mí comienza y en mí acaba, poseedor del supremo bien de no deber nada a nadie que es el mayor tesoro que permanentemente he ambicionado y perseguido, libre de vanaglorias y de vanidades que siempre he considerado cosas espurias, indecorosas y propias de gentes sin estilo y, desde una afición inextinguible, me fue dada la ocasión y capacidad para poder entender, aun desde niños, la razón, seguramente nunca entendida ni entendible por los lógicos, de aquella la más gloriosa aventura quijotesca que contempla al que luego quedaría proclamado como Caballero de la Triste Figura, tan

enfrascado en la lectura, "que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio", magnífico prólogo de una no menos magnífica y apasionada locura. Pienso pues, y así quisiera manifestarlo por medio de este escrito de modestos pero cabales términos, que aquel libro de LECTURAS que abrí sobre el pupitre del colegio o escuela de "los frailes de Rentería", me hizo partícipe de la gran aventura humana desarrollada por todos los continentes desde las gestas protagonizadas por los exploradores árticos a los que se cocían bajo el sol inclemente africano, desde la maravilla de las gemas minerales distantes en deslumbramientos hasta las otras siderales distantes también pero en años luz; las magias de la química, de la biología, de la fauna y flora; sin olvidarnos, por supuesto, de lo que siempre tiene que ser capital en el mundo en que habitamos, la anécdota palpitante que nos engarza con nuestros congéneres, condenados todos a la difícil pero necesaria convivencia. Vaya pues a aquel libro singular, Libro de Los Libros para mi peregrinaje de lector, el más profundo de mis agradecimientos.

A

E

i

O

A

E

U

I

A

©

e

u

I